

Hijo de un director de escuela, había nacido en Berkhamsted, en 1904, y su vida se prolongó hasta comienzos de la década del noventa. Figura incómoda pero auténtica, fue un espíritu vigilante de los sucesos de su tiempo, que no dudaba en ir contra la corriente si lo estimaba necesario.

Había en él cierto estoicismo típicamente inglés, una propensión a resistir las adversidades que continuamente lo empujaba a transgredir los límites, como si tuviera que estar poniéndose a prueba constantemente. Su itinerario vital es el de un perpetuo insatisfecho. Greene parecía no encontrarse a gusto en ningún sitio o, quizás, en demasiados lugares a la vez. Esta búsqueda incesante lo llevó de un lado a otro del planeta, de Inglaterra a Sierra Leona, de España a México, de Paraguay a Indochina, de Cuba a Argentina, de Austria a Suecia, de Kenia a Haití. La excusa era su oficio periodístico, pero la verdad es que no podía permanecer tranquilo en una ciudad imperturbable como Londres. Y, claro, como buen escritor vampiro aprovechó cada uno de estos viajes y estancias para pergeñar novelas que aspiraban a algo que parecen haber perdido de vista los fabuladores de hoy: atrapar a un lector con una historia sencilla pero interesante, una intriga vibrante y personajes sólidos y conmovedores con los que resulta fácil identificarse.

Graham Greene es uno de los últimos escritores modernos en cuyas obras aún se respira algo del aliento clásico de los grandes contadores de historias, desde Defoe hasta Dickens y Wilkie Collins. Si sus obras alcanzaron un éxito masivo esto se debió, en primer término, a la simplicidad de su estilo: una prosa llana, directa, despojada de solemnidad, sin malabarismos técnicos, ejercitada en su primera vocación, el periodismo. Asimismo, a la elección de gente corriente como protagonistas de sus ficciones, hombre grises y atormentados por miserias cotidianas que eran las mismas que sufrían sus lectores. Y, finalmente, al exotismo de sus historias que se ubicaban sobre todo fuera de la vieja Inglaterra.

No obstante, a Greene el éxito no le llegó de la noche a la mañana. Debíó publicar

Centenario de un gran novelista

GRAHAM GREENE: “SOY UN ATEO CATÓLICO”

Guillermo Niño de Guzmán

Graham Greene fue uno de esos pocos escritores que consiguieron imantar tanto al gran público como a la crítica. Sin embargo, a pesar de su popularidad, no solía hacer concesiones. Individualista y rebelde, prescindió de las convenciones imperantes en la sociedad británica y no vaciló en desafiar al sistema político.

casi una decena de libros antes de poder vivir de la literatura. Sus primeras novelas significaron pérdidas para los editores y, según el propio autor, eran malas (tanto así que se negó a reeditar dos de ellas y las quitó de su bibliografía). Había seguido estudios en Oxford y a los 22 años entró a trabajar como redactor en el *London Times*. Sin embargo, decidió renunciar a esta buena colocación para dedicarse a escribir novelas. Y,

como no podía mantener a su familia con esta actividad, se vio obligado a ejercer la crítica literaria y cinematográfica, además de misiones de correspondal extranjero. Cuando estalló la segunda guerra mundial, Greene fue incorporado al Foreign Office. De ahí surgiría, años más tarde, su notable novela de espionaje *El factor humano*.

Como opina otro compatriota suyo, J. G. Ballard, quien reconoce haber sido influido

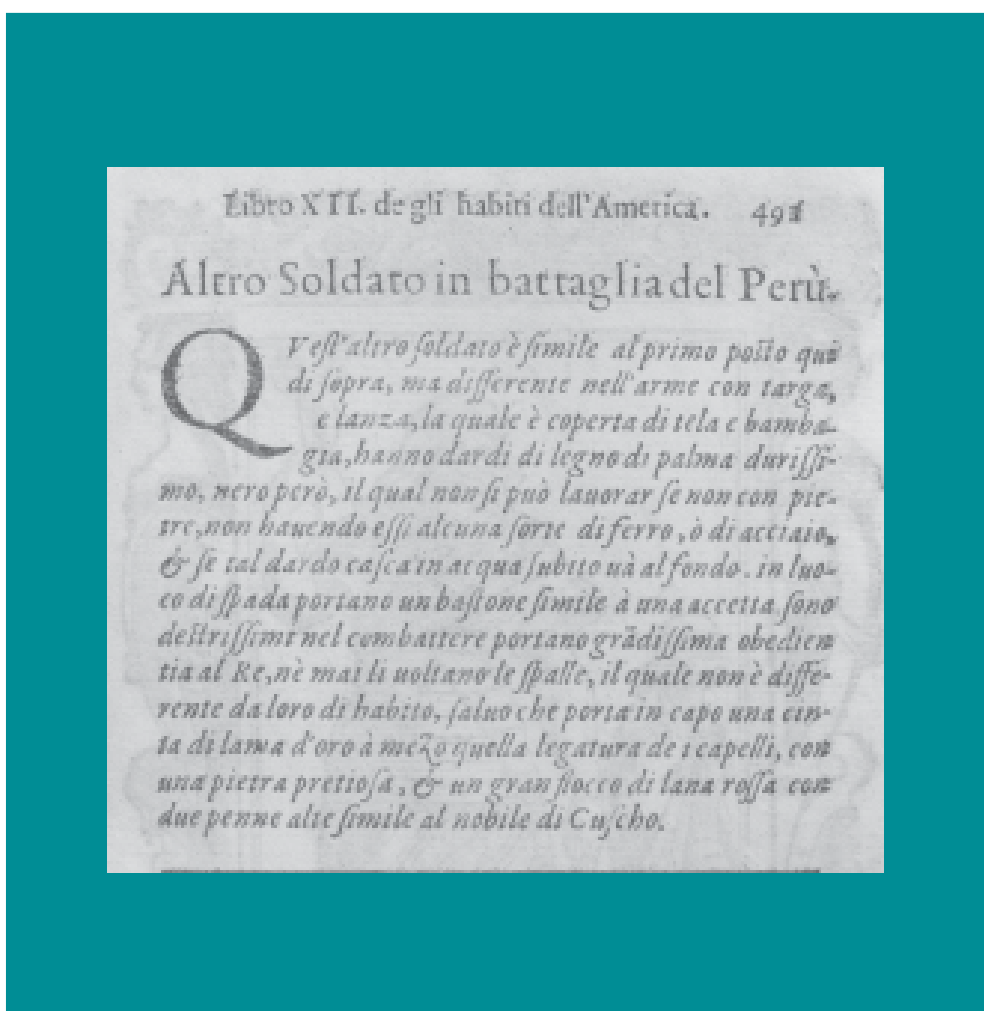
por su estilo, “en el primer párrafo de una novela de Graham Greene, uno tiene la inconfundible sensación de lo que sucederá desde el punto de vista de la imaginación y la psicología. La escena inicial del héroe-narrador, que desde un embarcadero ve cómo los sampanes van río abajo a la deriva, mientras espera con sentimientos encontrados a que su esposa enferma desembarque, deja una imagen indeleble en la mente del lec-

tor”. Y, quizá lo que distingue a Greene entre otros autores de su generación sea que, “a pesar de su gran preocupación por los dilemas psicológicos y espirituales de sus personajes, nunca moraliza sobre un tema de esa manera que le es tan cara al escritor inglés de provincias. Las fuerzas y flaquezas, los motivos dudosos y el origen social se aceptan sin comentarios como la grasa en el ventilador o la suciedad que se acumula en la uña de los dedos”. Nada más cierto, pues ya se trate de un asesino, de un drogadicto o de un adúltero, Greene no condena sino que se limita a adentrarnos en la conciencia oscura de estos individuos cuyas vidas se encuentran al garete, aunque con una esperanza remota de redención.

2

Todavía recordamos el impacto que nos causó una de sus últimas novelas, *El capitán y el enemigo*, escrita hacia sus 85 años. Bastaba leer las primeras líneas para ser literalmente “abducido” por su trama, siempre de actualidad, como se corroboraría con los hechos: casi la mitad de la acción de la novela transcurría en Panamá y poco después de su publicación se produjo la invasión norteamericana. Lo curioso es que la ficción concluía con una advertencia acerca de la latente amenaza que significaba Estados Unidos. Esta vocación antiimperialista de Greene fue una de las constantes en una obra en la que América Latina y el Tercer Mundo ocuparon un lugar preferencial. Anteriormente el escritor británico había abordado el tema panameño en un libro de noticia, *Descubriendo al general*, un afectuoso testimonio de su amistad con Torrijos y de los entretelones de la firma del Tratado del Canal. Un Greene cargado de años pero risueño evocaría luego su satisfacción por haber concurrido a la ceremonia en Washington como invitado oficial del general Torrijos, emboscado bajo un pasaporte panameño, pues antes había tenido trabas para obtener el visado necesario para entrar en Estados Unidos e incluso, en una ocasión, había sido deportado de Puerto Rico.

¿En qué reside la maestría narrativa de Greene? Probablemente en su disposición para tomar en cuenta la exis-



➔ tencia del lector. Un lector al que se debe provocar, generándole sentimientos de amor u odio, valor o miedo, burla o ira; un lector ávido de emociones y que debe ser alentado y frustrado alternativamente; en suma, un lector al que hay que ser capaz de cautivar con la magia de las palabras. Lamentablemente la crítica no siempre lo entendió así. Eterno candidato al Premio Nobel, si no lo consiguió aparentemente esto se debió a una presunta “falta de profundidad”, en opinión del desaparecido Arthur Lundkvist, caprichoso e influyente miembro de la Academia Sueca que también impidió que Borges recibiera el preciado galardón.

El reproche del académico escandinavo era injusto y partía de un malentendido. Greene alimentó una copiosa obra narrativa con algunas novelas a las que él colocaba el subtítulo de “entretenimientos”. Es el caso de *Una pistola en venta*, *Orient Express* o *El tercer hombre*, escritas con el propósito de divertir y que cumplen una función similar a la de ciertos *thrillers* cinematográficos. Son, pues, incursiones en la ficción sin mayores pretensiones, una suerte de juego que Greene se permitía para oxigenarse mientras se dedicaba a proyectos más ambiciosos. Empero, tenemos que aclarar que algunos de estos “entretenimientos” alcanzan el mismo nivel de sus novelas “serias”, como ocurre con la interesante y jocosa *Nuestro hombre en La Habana*, y que sería errado juzgarlas como meras obras comerciales. Después de todo, confirman su versatilidad y amplitud de registros, y contribuyen a enriquecer su universo.

Greene poseía una extraordinaria habilidad para componer personajes vivos y consistentes con solo unos cuantos trazos. Su capacidad imaginativa iba paralela con un agudo conocimiento de los diversos matices del comportamiento humano. Y, si se desea hablar de profundidad, lo cierto es que se trata de uno de los escritores que más se esforzó en sopesar conflictos morales. En *Historia de una cobardía*, su primera novela, que apareció en 1929, cuando contaba con 25 años, colocó el siguiente epígrafe: “Hay otro hombre dentro de mí que está enojado conmigo”. Desde entonces, esa pugna inte-

rior se traslucirá en muchos de sus personajes: en el sacerdote alcoholizado y sacrilego de *El poder y la gloria*, en el funcionario atormentado y suicida de *El revés de la trama*, en el arquitecto desencantado que busca la redención de su alma en un leprosorio africano en *Un caso acabado* y en el periodista escéptico y amargado de *El americano impasible*, entre tantos otros.

3

Por otra parte, no hay que olvidar que Greene fue etiquetado por la crítica literaria como escritor católico, denominación que también incluía a novelistas de su época como Mauriac o Bernanos. Esto es algo que le disgustaba, aunque es innegable que su preocupación por la culpa y la salvación recorre nuchas de sus páginas, a veces de manera obsesiva. Greene se convirtió al catolicismo en 1926 para poder contraer matrimonio con su primera mujer, Vivien Dayrell-Browning. De cual-

“Escribió 21 novelas (doce llevadas al cine), dos libros de poemas, cinco obras teatrales y varios relatos de viajes localizados en extraños y exóticos itinerarios de gran riqueza narrativa. Vagabundo literario por cinco continentes. Se definió como ‘católico que escribe novelas’: cada vez me resulta más difícil creer en Dios y hasta me podría definir como un ateo católico”.

quier modo, debe decirse en su favor que, a pesar de sus obras que abordan asuntos vinculados a la problemática religiosa (*El poder y la gloria*, *El fin de la aventura*, *Monseñor Quijote*, etc.), su visión final no concuerda del todo con los preceptos de la fe católica. “El mal perfecto marcha sobre el mundo—expresó el novelista—y por su camino el bien no volverá a pasar. El péndulo tan sólo asegura que al final se hace justicia.” De ahí que el interés del escritor tal vez sea más de orden metafísico que religioso, lo que lo emparenta con Joseph Conrad, cuyas aventuras eran en realidad exploraciones del fondo tenebroso del alma humana.

4

Greene se definía como un maniaco-depresivo que necesitaba escribir y viajar para alcanzar cierto equilibrio en su vida emocional. Hay un episodio de su adolescencia que revela su compleja personalidad. De acuerdo con su

testimonio, a los diecisiete años, una sensación de tedio y desamor lo impulsó a jugar a la ruleta rusa. Se dirigió a un paraje solitario en el campo, empuñó el revólver cargado con una bala, hizo girar el tambor, apoyó el cañón en su sien derecha y tiró del gatillo. Escuchar el “clac” salvador le produjo, según recordaba, una rara excitación. Lo asombroso es que llegó a hacerlo en seis oportunidades. Este juego mortal puede ser entendido como el sucedáneo de una droga, una vía de escape para combatir el aburrimiento y el vacío. Y, claro, también es una maniobra autodestructiva. “Escribir es una forma de terapia—sostenía el escritor—; a veces me pregunto cómo se las arreglan los que no escriben, componen o pintan para escapar de la locura, la melancolía, el terror pánico inherente a la situación humana.”

La obra de Greene es muy vasta y desigual, pero nunca defrauda en la compo-

sióndad lo hizo testigo de grandes acontecimientos de la historia contemporánea. Lo interesante es cómo se las ingenió para elaborar sus ficciones a partir de estas experiencias, aunque algunos críticos hayan objetado que a veces no conocía lo suficiente los países donde ambientaba sus historias.

Pero, aun en sus novelas más irregulares, Greene sabe plantear tensiones dramáticas que trascienden las características físicas del entorno. Tal como refirió en su libro autobiográfico *Vías de escape*, sólo en una ocasión viajó adrede a un país desconocido en busca de un lugar donde situar una intriga (Suecia, trasfondo de *Inglaterra me hizo así*). Por lo general, fueron sus dotes de fabulador las que lo impulsaron a novelar sobre personas y lugares con los que tropezó por azar o por sus misiones de corresponsal, compensando con su inventiva las carencias inherentes a un contacto fugaz o insufi-

ciente. Desde luego, no todas sus novelas germinaron en viajes circunstanciales. *El revés de la trama*, por ejemplo, refleja una estadía de casi cuatro años en Sierra Leona. Asimismo, una estupenda historia de amor como la de *El fin de la aventura* alude a su vida en Londres, cuando la ciudad fue sometida al inclemente bombardeo de la aviación nazi y el propio autor sufrió a causa de un amor adúltero e imposible. Y una novela excepcional como *El americano impasible* sólo pudo ser concebida luego de pasar largas temporadas en Indochina en la primera mitad de los cincuenta, cuando el colonialismo francés se derrumbaba ante la vigorosa acometida del Vietnam.

Greene pertenece a esa clase de novelistas que no se guían por un plan férreo sino que prefieren improvisar a medida que escriben. El diseño de sus novelas está más librado al azar, a las imposiciones que demandan los quiebres de la trama o el desarro-

llo de los personajes, lo que insta al narrador a continuar por caminos insospechados. Y, a falta de un esquema previo, el novelista debe ser capaz de encontrar soluciones ingeniosas ante los escollos que se le presentan. Por ello es que sus obras transmiten una sensación de frescura y espontaneidad, similar a la que se experimenta frente a alguien que cuenta una historia con naturalidad, sin trucos ni estridencias.

5

Sin embargo, la prosa de Greene parece más simple de lo que en realidad es. No le era tan fácil escribir, como se advierte en su promedio diario de trabajo: apenas quinientas palabras. Asimismo, el compromiso del autor con sus personajes y sus dramas adquiría tal intensidad que transformaba su personalidad. “En el caso de una novela—refirió—, que quizá me lleve años de trabajo, el autor no es al final del libro el mismo hombre que al principio. Sus personajes no sólo se han desarrollado: él mismo ha ido evolucionando. (...) La revisión de una novela me parece interminable: el autor procura en vano adaptar el relato al cambio de su personalidad, como si fuera algo iniciado en la infancia y debiera terminar en la vejez. Hay momentos de desesperación, cuando empieza quizá la quinta revisión de la primera parte y ve la multitud de correcciones nuevas. ¿Cómo evitar decirse: esto no terminará nunca, jamás conseguiré dar forma a este pasaje? Lo que debería decirse es: Nunca volveré a ser el mismo hombre que escribió esto, hace meses y meses. No es extraño que en tales condiciones el novelista resulte un mal marido o un amante inconstante. Hay en él algo semejante al actor que sigue interpretando *Otelo* cuando ya no está en el escenario; pero el novelista es un actor que ha representado demasiados papeles durante una serie de representaciones demasiado largas. Está constelado de personajes. En cierta ocasión un taxista negro del Caribe me contó que había visto cómo extraían un cadáver del mar. “No parecía un cuerpo humano, porque estaba todo cubierto de lampreas”, me dijo. Imagen horrible, pero muy apropiada para definir a un novelista. ■